

AÑO XVII.—NÚM. 5200.

4 DE OCTUBRE DE 1878.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 4 de Octubre de 1878.

LOS NEGOCIOS.

Aquí no piensa nadie más que en hacer el suyo.

Un hombre sin negocios es un ente inverosímil, un pobre tonto, inofensivo y digno de lástima para la generalidad de las gentes.

Un hombre sin negocios es tan difícil de encontrar como un hombre honrado.

Lo mismo en salón espléndido que en miserable choza, lo mismo en la bulliciosa corte que en la ignorada aldea; el magnate como el labriego, el funcionario que dirige altos centros, como el secretario de la más modesta alcaldía pedánea, no están libres del contagio de esa enfermedad mercantil, que fatalmente conduce á la muerte moral de todos los desgraciados á quienes invade.

Donde hay algo que pagar ó algo pendiente de cobro, allí aparece siempre, junto al dinero, haciéndole circular por tales sitios y por tales manos que hasta la moneda, que es lo que en el mundo mancha más, llega á mancharse.

Los negocios dividen á los españoles en dos clases: explotadores y explotados.

Entre los primeros se cuentan: el personaje que proyecta obras y reparte destinos; el Tenorio de oficio que acaba por casarse con la renta de una mujer y empieza divorciándose de la mujer, pero no de la renta; el político que sufre cómodas persecuciones á cambio de una dirección ó una cartera; el usurero que roba sin peligro al amparo de ciertas consideraciones; el hipócrita que es capaz de reducir á metálico las santas letanías de todos los devotos de este siglo y del siglo futuro; el procurador que se pasa de listo; el abogado de punta que sabe pinchar al tribunal; el rico, el fuerte, el afortunado el audaz.

Entre los segundos figuran: el que necesita un destino para comer; el hombre de corazón, desentimientos puros é impulsos generosos; el patriota que sacrifica gustoso su vida y su hacienda en bien del país; el padre de familia que al ver invadido su hogar por la miseria, por la enfermedad ó por la muerte, pide unas cuantas monedas á la caridad sin entrañas de un prestamista, para comprar pan, para llevar á su casa una medicina ó para enterrar un cadáver; el que paga suscripciones y fomenta romerías de cierta especie; el litigante de buena fé; el hombre que, abrumado por la desgracia, tiene valor para no pegarse un tiro, y bastan-

te cobardía para seguir teniendo conciencia: el pobre, el débil, el desgraciado, el tímido.

—¿Qué tal, se hace negocio? Hé aquí la pregunta con que es de moda interpelar á todo hombre listo.

Y muchas veces vale tanto como preguntarle: ¿Qué tal? ¿Se cometen muchas infamias?

Los negocios son abismos que atraen y el hombre, dominado por el vértigo más febril, se arroja en ellos y abandona á su familia, hace traición á sus amigos y se vende á sí propio. La caridad bien ordenada empieza por uno mismo, y como dijo el poeta que hoy preside el Congreso: «Una cosa es la amistad, y el negocio es otra cosa.

Con tal de obtener ganancia se pasa por todo, y lo más que puede exigirse es una honradez compatible con las leyes penales.

Pocos serán los que dejen de realizar ciertas immoralidades detrás de las cuales no se ve el Saladero, sino un hotel en la Castellana.

Arrastrar coches suele ser menos penoso que arrastrar la cadena del presidiario por más que en algunas ocasiones sea más inmoral.

No sería necesario acudir á sutilezas ingeniosas para demostrar que es rara la persona que en el tráfico general del mundo no delinque, por más que lo haga impunemente. ¿Cuántos por ejemplo, podrán asegurar que jamás han defraudado á otro en la sustancia, cantidad ó calidad de las cosas? ¿Cuántos se atreverán á erguir la frente, proclamando que nunca se lucraron ni en poco ni en mucho por ninguno de los medios previstos en el Código penal?

Un mal que tan hondas raíces tiene en las costumbres, solo por la regeneración de éstas, irá desapareciendo paulatinamente.

Y triste es, en verdad, que en las leyes, ya que no el remedio, no se encuentre siquiera el buen ejemplo.

El Estado también negocia concediendo ciertas preeminencias y distinciones á los ricos sobre los que no lo son.

El criminal que es pobre tiene que ir inmediatamente á la cárcel, mientras el criminal con dinero puede obtener su libertad bajo la fianza de un puñado de oro. El quinto que no puede reunir ocho mil reales va al servicio; el quinto que los paga se queda en su casa.

En medio del furor financiero que nos devora, la sociedad es una empresa, la vida un ferro carril.

Los afortunados, durante su viaje por el mundo, disfrutan de las comodidades del «expres»; los pobres viven en «tercera» casi á la intemperie.

La política y la administración marchan en «tren de recreo»; la moral y la justicia en «mercancías».

die se preocupa del resultado de la expedición; las risas ahogan los gemidos. Continuamente se expenden billetes y se facturan equipajes. Sin embargo, el día en que los trenes choquen, vendrá un cataclismo. La sociedad hará un «bonito negocio».

(De la Gaceta Universal.)

MISCELANEA.

CURIOSIDADES VENATORIAS.

(CAZA DE TOREOS CON RECLAMO.)

Al dar vista á los campos de Vallada, mas allá de la estación de Mogenote, en la línea férrea que conduce desde la Encina á Valencia, llaman poderosamente la atención del viajero unos árboles corpulentos cuyo ramaje está cortado y arreglado con el arte y esmero que pudiera emplear la jardinería moderna en esos cordones de boj ó de ebónibus con que bordea las calles y macizos de los parques á la inglesa, dándoles con la tijera mil formas caprichosas como las grecas y guirnaldas que publican los periódicos de modas en sus pliegos de dibujos. Esto, que nada tiene de extraño en esos sitios en que la mano del hombre pretende, aunque en vano, ser más artística que la libre naturaleza, sorprende mucho al considerarlo en medio de una campiña espléndida que es un inmenso jardín, pero un jardín donde la templanza continua del clima, el riego constante, el sol, la calidad de la tierra y la inteligencia de sus labradores le dan un aspecto mágico, brotando los frutos en abundancia, mostrándose millares de árboles en pintoresco desorden, y tomando las ramas los giros que les marca su natural desarrollo.

Los árboles de que hablo, y que son todos frondosísimos algarrobos, tienen una forma redonda, como las acacias de bola, otros asemejan castillos con sus torreones y sus almenas, otros parecen muros aspillados, con troneras para piezas de grueso calibre, y otros, en fin, no conservan hojas más que en las ramas exteriores, que caen hasta el suelo con la inclinación del melancólico saúce.

Alrededor del grueso tronco que les sustenta, se vé una empalizada hecha de cañas ó de mampostería, de un metro de alta por diez ó doce de circunferencia. Imposible, mientras no se sepa de antemano, figurarse para lo que sirve todo aquel aparato, que no es otra cosa que un cazadero de tordos.

El tordo es un ave de paso. Viene, al concluir la primavera, de donde vienen las aves de paso; de las cálidas regiones africanas que le protegen

de los frios del invierno, para aparearse y criar en tierra de España. A mediados ó fines del actual mes de Setiembre se disponen á hacer su acostumbrado viaje, y esta época, que es una de las más divertidas para los cazadores valencianos, es la que dedican á coger tordos, cuya carne, según aseguran, es una de las más esquisita que pueden suministrar los viajeros de pluma.

Una vez llegado el momento crítico del paso, el interior del árbol preparado de antemano se llena, literalmente hablando, de varetas con liga, colocadas en las ramas sin que por fuera se revele la existencia de la trampa. Los cazadores entran en la plazoleta que forma la empalizada, donde sin hacer ruido y sin moverse para nada esperan con impaciencia la luz del alba. Apenas despunta el día empiezan á tocar unos pitos que imitan el canto de los tordos, y asoman las bandadas, que adoran como el mejor regalo la dulce carne de la algarroba, cayendo sobre los árboles, como descarga sobre los olivos una nube asoladora de estorninos. La liga entonces causa sus efectos naturales. La abundancia de pájaros y de las varetas produce en ellos una confusión espantosa. Quieren huir, pero agarrados por las patas y por las alas, quedan todos desesparados por el suelo dentro del círculo terminado por las cañas ó los ladrillos. Los cazadores, armados de unos palos que llaman «raquetos», rematan todas á centenares, dándoles un ligero golpe en la cabeza.

Estas cacerías, que duran lo que dura el paso de los tordos, se terminan por lo común cada día con una gira de campo. Las familias de los cazadores acuden provistas de arroz, al que prestan sustancias los pájaros cogidos por la mañana, y la clásica «paella», la cabeza llena de vino de Benicarló y las enormes sandías que se crían en Alcora ó en San Felipe de Játiva; constituyen un banquete al aire libre, succulento como el que más y realizado con esa alegría y buen humor propio del cazador cansado de matar piezas: que le recompensan con holgura de los madrugones y de las molestias sufridas por alcanzar el resultado que apeteció.

A estas expediciones llaman los hijos del país caza «calpardo». En cuanto á las giras, no sé como las apetitarán, pero celebrándolas entre valencianos, que son los hombres en el mundo más dispuestos á divertirse, supongo que si la alegría pudiera compararse con una composición química, yo las calificaría de verdaderas explosiones de dinamita.

T.

El inspector del mercado de cerdos de Barcelona ha propuesto á aquel